

## NOTAS SOBRE EL LIBERALISMO CLÁSICO Y EL NACIONALISMO DECIMONÓNICO

Ezequiel Gallo

"No necesito señalar que cierto tipo de nacionalismo es muy distinto del patriotismo y que el rechazo a ese nacionalismo es perfectamente compatible con una profunda veneración por las tradiciones nacionales.

El hecho de que yo prefiera y reverencie las tradiciones de mi sociedad no necesita ser causa de hostilidad a lo que es lejano y diferente."

(F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*  
Londres, 1976, pp. 405-6.)

Uno de los sucesos más llamativos del presente siglo fue la declinación de la influencia de las ideas postuladas por el liberalismo clásico. El hecho es sugestivo porque ese cuerpo de ideas había hecho posible el surgimiento del sistema económico y social –el capitalismo- responsable del progreso espectacular registrado durante el siglo XIX. A esta paradoja se le han dado diferentes respuestas, entre ellas la muy conocida del economista austriaco Joseph Schumpeter. Según este autor fue el éxito mismo del sistema el responsable de su posterior pérdida de prestigio.<sup>1</sup>

En las páginas que siguen no discutiré la validez de esta propuesta. Me parece, sin embargo, que un fenómeno de la magnitud del analizado no podía haber ocurrido sin cambios significativos en las ideas vigentes durante el periodo precedente. Estos cambios no se produjeron exclusivamente por la aparición de propuestas alternativas (el socialismo o el nacionalismo, por ejemplo), sino también porque el liberalismo clásico intentó acomodar dentro de su doctrina principios que provenían de esas otras vertientes ideológicas. Esas incorporaciones, en mi opinión, terminaron debilitando la propuesta liberal clásica, haciéndole perder consistencia y sistematicidad, mientras que, al mismo tiempo, prestigieron los principios que provenían de las corrientes alternativas. Una de las características centrales del renacimiento actual del pensamiento liberal es que la mayoría de los autores ha optado; en líneas generales, por el camino opuesto, por lo menos en el

<sup>1</sup> "El capitalismo está siendo matado por sus propias realizaciones", J. Schumpeter, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Madrid, 1952, p. 15. La hipótesis de Schumpeter tiene un fuerte parecido con la que A. de Tocqueville utilizara, muchísimo antes, para explicar la caída de Luis XVI en Francia (El Antiguo Régimen y la Revolución, Madrid, 1969).

terreno del debate intelectual.<sup>2</sup>

Entre las ideas que influyeron en el pensamiento liberal durante el siglo XIX, parece conveniente prestar especial atención a las que aportaron los nacionalistas. En primer lugar, porque inspiraron la corriente ideológica más influyente durante el siglo XIX: el nacionalismo, se ha señalado, "ha demostrado una notable capacidad de resistencia [...]. Ha reaparecido con los más distintos ropajes -liberales, tradicionalistas, socialistas, etc.- y ha salido siempre ganancioso".<sup>3</sup> En segundo término, porque los liberales tuvieron una influencia decisiva en el surgimiento de las corrientes nacionalistas europeas durante la primera mitad del siglo XIX. La conjetura que preside el presente ensayo es que las ideas originales del nacionalismo europeo fueron transformándose gradualmente hasta constituir un sistema ideológico claramente diferenciado del pensamiento liberal clásico. Este proceso, salvo algunas excepciones, fue advertido tardíamente por los liberales, con lo cual sus propuestas perdieron consistencia y claridad. Antes de entrar en el análisis de las relaciones entre liberalismo y nacionalismo, se hace necesaria una referencia a las características centrales del liberalismo clásico y del nacionalismo decimonónico.

No me detendré demasiado en el primer caso, tema al que le he dedicado un ensayo anterior.<sup>4</sup> Desde el siglo XVIII hasta nuestros días el pensamiento liberal clásico ha girado alrededor de la noción de "gobierno limitado" (o "estado mínimo"). Esta noción implica una clara preferencia por la existencia de un ámbito vasto (cultural, social, económico, etc.) de interacciones humanas libres y espontáneas, y un reducido espacio público de decisiones colectivas. La función primordial de este último ámbito es la de garantizar los derechos de los individuos (y de las asociaciones) que componen una comunidad dada. Las interacciones libres que prevalecen en ese amplio ámbito privado descansan sobre dos instituciones cruciales: la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos.

Al sector público le cabe, como queda dicho, impedir que sean violadas la vida, libertad y propiedad de los miembros de la sociedad. Las funciones de justicia y seguridad, indispensables para la supervivencia de un mundo civilizado y libre, sólo pueden ser provistas por ese ámbito público. Los liberales sugirieron, además, una serie de principios e instituciones que impidieran que los garantes del orden social utilizaran su poder para transgredir los derechos individuales. Así surgieron nociones como las del imperio de la ley, la división de poderes, la democracia representativa, el federalismo, etcétera.

Recientemente John Gray ha detectado cuatro características que tomadas conjuntamente distinguen al liberalismo clásico de otras filosofías políticas. El liberalismo es para Gray individualista, universalista, igualitario (en el plano jurídico) y se apoya en la creencia de que siempre es posible mejorar las instituciones humanas.<sup>5</sup>. Estas características son, a

<sup>2</sup> E. Gallo, "El renacimiento del liberalismo clásico", *Vuelta*, 1, 5, Buenos Aires, 1986.

<sup>3</sup> A. D. Smith, *Theories of Nationalism*, Surrey, 1983, p. 6.

<sup>4</sup> E. Gallo, "Notas sobre el liberalismo clásico", *Estudios Públicos*, 21. Santiago, 1986.

<sup>5</sup> J. Gray, *Liberalism*, Milton Keynes, 1987, pp. X -XI.

mi parecer, compatibles con la noción de gobierno limitado que se ha explicitado en el párrafo anterior.

Los principios liberales no fueron nunca implementados en forma consistente en la realidad. Este juicio es válido también para el largo período histórico (el siglo XIX) durante el cual prevalecieron las ideas liberales. Aun entonces (aunque en mucho menor medida que en la actualidad) el sector público ocupó (interfirió) parcelas del ámbito privado que debían haber estado alejadas de su influencia directa. Esta situación fue producto, como se señaló anteriormente, del impacto de otras ideas sobre el cuerpo doctrinario liberal clásico. La realidad política cotidiana siempre se ha caracterizado por ser el fruto de diversas transacciones entre corriente ideológicas disímiles.

### El nacionalismo decimonónico<sup>6</sup>

Definir el nacionalismo constituye una de las tareas más arduas a las que se enfrenta un historiador o un científico social. Uno de los más conocidos especialistas en el tema, H. Seton-Watson, señalaba claramente la dificultad: "He llegado a la conclusión de que no se puede arribar a una definición científica del nacionalismo; el fenómeno, sin embargo, existió y existe".<sup>7</sup> Esta dificultad está estrechamente relacionada con la actitud entre impaciente y hostil que ha presidido la gran mayoría de las investigaciones sobre el tema. La hostilidad, sin embargo, reconoce otro origen:

"[...] el nacionalismo viola directamente las categorías conceptuales de la ética moderna, la herencia universal de una ley natural concebida tanto por la Cristiandad como por el racionalismo secular [...]. Desde la teoría de la justicia erigida por los filósofos escolásticos en la temprana edad moderna europea hasta la sugerida recientemente en forma tan atractiva por Rawls, no ha habido nunca lugar para la nación ni, ciertamente para el cuerpo político soberano como unidad de análisis conceptual".<sup>8</sup>

El contraste entre el nacionalismo y una larga tradición moral, a la vez universalista e individualista, está, por lo tanto, en la raíz de los problemas conceptuales que provoca el análisis de este fenómeno político. Una manera de acercarse al tema es registrando lo que propone el nacionalismo. "Prescriptivamente el nacionalismo lleva implícita la idea de que todos los seres humanos deben tener una, y sólo una, nacionalidad, que debe ser el centro primario de la identidad y de la lealtad. Esto significa que los individuos deben

<sup>6</sup> Este ensayo es parte de una investigación sobre la influencia del pensamiento nacionalista, y su relación con el liberal en la Argentina (1870-1920). Por esa razón se centra exclusivamente en las vertientes del pensamiento nacionalista que emergieron en Europa hasta la Primera Guerra Mundial. Los desarrollos posteriores, si bien enraizados en los primeros, derivaron hacia posiciones radicalmente distintas que, por lo tanto, no son analizadas en este ensayo.

<sup>7</sup> H. Seton-Watson, *Nations and States. An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. Londres, 1977, p. 5.

<sup>8</sup> J. Dunn, *Western Political Theory in the Face of the Future*, Cambridge, 1977, p. 57. '

percibirse como miembros de una nacionalidad antes de cómo miembros de grupos más pequeños, más auto contenidos o más diversificados; y deben estar preparados a hacer cualquier sacrificio que sea necesario para defender y promover los intereses de la nación a cualquier costo que pueda derivarse para sus otros intereses.<sup>9</sup>

El problema se vuelve más complejo cuando avanzamos más allá de una mera declaración de principios. Elie Kedourie, el especialista contemporáneo más influyente y controvertido, propuso la siguiente definición:

"El nacionalismo es una doctrina inventada en Europa a comienzos del siglo XIX. Pretende dar un criterio de la unidad de población necesaria para gozar de un gobierno propio, para un ejercicio legítimo del poder, y para una adecuada organización de una sociedad de estado. La doctrina sostiene, brevemente expuesta, que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, que las naciones se pueden determinar por características susceptibles de significación y que el único tipo legítimo de gobierno es el que se basa en la autodeterminación".<sup>10</sup>

No se necesita analizar con demasiada atención el texto precedente para ubicar una notoria contradicción entre el carácter "natural" que le adjudican los nacionalistas al fenómeno y la presentación de éste como algo "inventado" que sugiere el autor de la cita. Kedourie dista de estar solo en este punto. Ernest Gellner, que disiente con él en muchos aspectos, expone el punto con ferocidad aun mayor: "El nacionalismo no es el despertar de las naciones a su autoconciencia; *inventa* naciones donde no existen".<sup>11</sup>

Un autor mucho más benévolos con esta corriente de ideas, B. Anderson, no está lejos de afirmar un punto de vista similar: "[ la nación] es una comunidad política imaginada, imaginada como esencialmente limitada y soberana".<sup>12</sup> Otro autor crítico de Kedourie, A. Smith, señala que los nacionalistas sosténian las siguientes tesis:

1º) la humanidad está naturalmente dividida en naciones; 2º) cada nación tiene su carácter peculiar; 3º) la fuente de todo poder político es la nación, la colectividad total; 4º) para lograr su libertad y autorrealización los hombres deben identificarse con una nación; 5º) las naciones sólo pueden realizarse en sus propios estados; 6º) la lealtad al estado nación está por encima de otras lealtades; 7º) la condición básica de la armonía y la libertad global es el fortalecimiento del estado-nación.<sup>13</sup><sup>13</sup>

---

<sup>9</sup> B. Barry, "Nationalism", en D. Miller (comp.), The Blackwell Encyclopedia of Political Thought, Oxford, 1987.

<sup>10</sup> E. Kedourie, Nationalism, Londres, 1978, p. 9.

<sup>11</sup> E. Gellner, Thought and Change, Londres, 1964, p, 169. Cf. en el mismo sentido Nattons and Nationalism, Oxford, 1987, p. 5 5 ; ("Es el nacionalismo el que engendra naciones y no al revés").

<sup>12</sup> B. Anderson, Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism, Londres, 1987, pp. d-6

<sup>13</sup> A. D. Smith, op, cit., p. 21.

Smith reafirma la creencia nacionalista acerca del carácter espontáneo y natural de la emergencia de las naciones. Para dirimir el tema se hace necesario reflexionar acerca de los rasgos distintivos que caracterizan a las distintas naciones. La gran mayoría de los autores concuerda con I. Berlín cuando apunta a la lengua, a la raza, al territorio, a una historia compartida, a la religión, etc., como propiedades comunes que aparecen en la configuración de las naciones.<sup>14</sup> Una rápida ojeada a lo ocurrido en los dos últimos siglos muestra que, efectivamente, los movimientos nacionalistas se consolidaron en aquellos lugares donde estaban presentes algunas de las características señaladas. Ninguno de esos rasgos, ni ninguna combinación determinada de ellos, parece haber sido, sin embargo, condición suficiente para la emergencia de las naciones. Así existen naciones donde se hablan distintas lenguas, donde conviven diversas religiones, donde coexisten grupos de diferente origen étnico, etc. A la inversa, el caso del mundo hispanoamericano es suficientemente ilustrativo de la misma dificultad conceptual: ni una historia semejante, ni el haber compartido lengua y religión, ni el habitar territorios contiguos impidieron que surgieran naciones claramente diferenciadas.

Gellner ha estimado, con criterio muy conservador, que existe un movimiento nacionalista efectivo por cada diez candidatos que reúnen algunos de los rasgos que caracterizan a las naciones.<sup>15</sup>

La situación se complica aun más porque para los nacionalistas decimonónicos la nación debía confundirse necesariamente con el estado o, dicho de otra manera, la nación era el hábitat natural del estado. Nuevamente aquí nos encontramos con dificultades conceptuales para dirimir casos límites. En efecto ¿por qué España es una nación -estado y no lo es Cataluña o el país vasco? Hans Kohn ha señalado una distinción importante entre la naturalidad de sentimientos como la identificación con lo próximo y lo familiar ("el amor al terruño") y los que están contenidos en el ideario nacionalista:

"El nacionalismo -nuestra identificación con la vida de varios millones de seres que jamás conoceremos, con un territorio que nunca conoceremos en toda su extensión- es diferente cualitativamente del amor por la familia y el terruño.

Es de calidad análoga al amor por la humanidad o por la tierra entera. Ambos pertenecen a lo que Nietzsche llamaba [...] el Ferstenliebe, amor por los distantes, que distinguía del Nächstenliebe, amor por los próximos".<sup>16</sup>

El "amor por lo próximo" se acerca más al viejo sentimiento patriótico que a la moderna concepción nacionalista, que es mucho más genérica y abarcadora.<sup>17</sup> La presencia errática de algunos ingredientes "naturales" en el nacionalismo no autoriza, pues, a caracterizarlo como un fenómeno inscripto en la naturaleza de las cosas. En rigor, su poderosa emergencia en el siglo XIX no hubiera sido posible sin la presencia tanto de

<sup>14</sup> I. Berlín, "Nationalism. Past Neglect and Present Power", en *Against the Current. Essays in the History of Ideas*, Londres, 1979

<sup>15</sup> Gellner, *Nations and Nationalism*, p. 45.

<sup>16</sup> H. Kohn, *Historia del nacionalismo*, México, 1949, p. 21.

<sup>17</sup> K. Minogue, *El nacionalismo*, Buenos Aires, 1975, p. 37.

actos de creación intelectual como de una fuerte dosis de voluntad política: "la fuerza de una idea, no la voz de la sangre, es la que ha constituido y modelado las modernas nacionalidades". O, también, "la decisión de formarla es lo que hace ante todo a una nacionalidad".<sup>18</sup>

Estas opiniones no hacen más que actualizar lo que ya estaba implícito en el pensamiento de E. Renan, uno de los más conocidos nacionalistas-liberales del siglo XIX: "la existencia de una nación es (perdonadme esta metáfora) un plebiscito de todos los días".<sup>19</sup> Resulta obvio que la reafirmación de la voluntad implícita en un plebiscito diario no sería necesaria si las naciones modernas hubieran sido el fruto de procesos naturales y espontáneos.

¿Fue, entonces, la nación una "invención", como sugieren Kedourie y otros autores? Si lo que se pretende señalar con esto es que fue un cuerpo de ideas lo que impulsó el surgimiento de las naciones modernas, la afirmación contiene una buena dosis de verdad.

Pero desde esta perspectiva también el liberalismo o el socialismo pueden caracterizarse como una "invención". El problema es que hay "invenciones" que son exitosas o que tienen permanencia, y otras que son efímeras o de pocas consecuencias.

No hay dudas de que el nacionalismo (como el liberalismo o el socialismo) pertenecen a la primera categoría, y parece plausible afirmar que las "invenciones" son exitosas cuando recogen algunos ingredientes naturales, o combinaciones de ellos, por más que el producto final no puede ser considerado como "natural".

Así definido el problema se puede afirmar que la nación, y el estado-nación, emergieron y se consolidaron en Europa durante el transcurso del siglo XIX. No es un producto antíguo, como afirman algunos de sus mentores, sino un fenómeno típico de la era contemporánea.<sup>20</sup> No es fácil, sin embargo, establecer un punto de partida claro y tajante para fenómeno tan complejo.<sup>21</sup>

Para Bertrand de Jouvenel el concepto de nación emergió nítidamente durante la Revolución Francesa:

"Habiendo leído todo lo escrito llegué a la conclusión de que antes de la Revolución no existía en los entendimientos ninguna representación de una persona Nación; los franceses aman al lugar en que viven; y la lengua que hablan; son xenófobos, se hallan convencidos de su superioridad y enamorados de la gloria. Pero la Nación no es para

<sup>18</sup> H. Kohn, op. cit., pp. 26-7.

<sup>19</sup> E. Renan, ¿Qué es una Nación? (1882), Madrid, 1983.

<sup>20</sup> "La idea de la antigüedad es central para la idea subjetiva de la nación" (Anderson, op. cit., p. 47). Cf. también E. Hobsbawm, "Mass Producing Traditions: Europe, 1870-1914" en E. Hobsbawm y T. Ranger, The Invention of Tradition, Cambridge, 1987.

<sup>21</sup> Lo mismo ocurre con los pensadores nacionalistas. La prioridad ha sido otorgada indistintamente a Rousseau, Kant y Herder. El tema es, desde luego, arduo y complejo para ser resuelto en unas breves líneas, pero me parece plausible afirmar que el primer texto nacionalista sistemático se encuentra en los famosos Discursos a la Nación Alemana, de Fichte.

ellos algo así como una persona sobrehumana, ni el objeto de un culto [...]. Uno de los resultados más sorprendentes de la Revolución fue el que una imagen mítica tal como la del Rey hubiese sido reemplazada por otra imagen no menos mítica, la de la Nación".<sup>22</sup>

Otros autores piensan que la Revolución Francesa es un antecedente muy importante, pero no creen que pueda ser considerado como el momento donde se forjó la concepción nacionalista moderna. Para ellos esta corriente de pensamiento surgió, más bien como respuesta a las tentativas expansionistas de la Revolución.<sup>23</sup>

En este contexto el caso paradigmático lo ofreció Alemania; fue allí, para algunos, donde surgió el pensamiento nacionalista moderno.<sup>24</sup> A. Smith ha descripto la vertiente alemana del nacionalismo, originariamente analizada por Kedourie, como sustentadora de los siguientes principios:

"La 'versión orgánica' alemana del nacionalismo está basada en el principio de que las naciones poseen la capacidad de forjar su destino mediante el esfuerzo histórico de la voluntad nacional. [La versión] incluye tres nociones distintivas: 1) la de diversidad cultural, la idea de Herder de que la humanidad está dividida en naciones orgánicas, o grupos lingüísticos específicos; 2) la noción de la 'áutorrealización' nacional a través de la lucha política, y 3) la idea de que la voluntad individual debe ser absorbida dentro del 'estado orgánico'; estas dos últimas nociones provienen de la contribución peculiar de Fichte".<sup>25</sup>

Para I. Berlín, también, los alemanes fueron los verdaderos iniciadores del nacionalismo moderno: "Después de Alemania, Italia, Polonia y Rusia, y, a su tiempo, las nacionalidades balcánicas y bálticas e Irlanda, y, después de la *débâcle*, la Tercera República Francesa, y así hasta nuestros días".<sup>26</sup> Esta posición ha sido criticada por otros autores que consideran errónea la calificación del nacionalismo como un fenómeno esencialmente europeo y, de modo más específico, alemán.<sup>27</sup> Cualesquiera que hayan sido las exageraciones de autores como Kedourie y Berlín, parece difícil negar que el modelo alemán ejerció una profunda influencia durante el siglo XIX y que aun en nuestros días muchos movimientos nacionalistas siguen, muchas veces sin saberlo,

22 B. de Jouvenel, Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas del siglo XIX, Madrid, 1977, pp. 54- 6.

23 Minogue (op. cit., p. 801) argumenta que dado su carácter universalista la Revolución Francesa no puede ser considerada como enteramente nacionalista. El punto, sin embargo, no resta importancia al hecho señalado por Jouvenel, en el sentido de que sin la definición francesa de nación, los restantes nacionalismos hubieran sido impensables. Algo de esto es aceptado por el mismo Minogue (p. 30). .

24 Elle Kedourie es quien más ha acentuado el origen alemán del nacionalismo moderno (cf. especialmente pp. 73-5 de su obra ya citada). En la misma línea interpretativa se encuentran Minogue (cap. 3) y, como veremos luego, I. Berlin

25 A. D. Smith, op. cit., pp. 16.7.

26 I. Berlín, "Nationalism", loc. cit.

27 A. D. Smith es quien más ha criticado la teoría "difusiónista" de Kedourie a partir del modelo alemán (op. cit., cap. 2). Cf. también J. Plamenatz, que habla de dos nacionalismos europeos, el occidental (Alemania e Italia) y el oriental (balcánico). Cf. su "Two types of nationalism" en E. Kamenka (comp.), Nationalism. The Nature on Evolution of the Idea, Londres, 1973.

influidos por él.<sup>28</sup>

La "versión alemana" enfatizó la necesidad de unificar a todas las personas que hablaban la misma lengua en una sola nación. Para que la "persona -nación" pudiera cumplir su destino histórico ineluctable era necesario fundir a los distintos estados alemanes en uno solo. La unificación nacional pasó a ser el leitmotiv principal y la obsesión dominante de los nacionalistas germanos. El caso es interesante porque muestra claramente la combinación de elementos más o menos naturales y antiguos (la lengua) y de ingredientes decisivos aportados por la creación intelectual y la voluntad política. Como consecuencia de todo esto, el resultado final fue algo muy distinto de la multiforme realidad precedente. Señala Gellner, refiriéndose a la ideología nacionalista alemana:

"Sus mitos invierten la realidad; proclama que defiende una cultura *folk* cuando en realidad está forjando una cultura superior; pretende proteger a la antigua sociedad local cuando en rigor está contribuyendo a crear una sociedad de masas anónima. (La Alemania prenacionalista estaba constituida por una multiplicidad de naciones genuinas, muchas de ellas rurales. La Alemania posnacionalista unificada era una sociedad industrial de masas.)"<sup>29</sup>

La importancia de las ideas y de la voluntad en la generación de la unidad alemana se advierte claramente en el papel central que tiene la educación en el pensamiento de Fichte, el más conocido e influyente de los nacionalistas alemanes: "Yo propongo el cambio total del sistema educacional alemán como la única manera de preservar la existencia de la nación alemana". Y, también, "a través de la nueva educación queremos moldear a los alemanes en un cuerpo colectivo que esté animado y estimulado en todos sus miembros individuales por el mismo interés". Kedourie concluye que en la teoría nacionalista "la educación debe tener un papel central en la tarea del estado. Su propósito no es transmitir conocimiento, sabiduría tradicional, o los cambios percibidos por la sociedad para atender a las preocupaciones comunes; su propósito es totalmente político, acomodar la voluntad de los jóvenes a la voluntad de la nación".<sup>30</sup>

Como se verá más adelante, la evolución del pensamiento nacionalista alemán fue más compleja y errática que lo que sugiere el párrafo precedente. No fue Alemania, tampoco, la única versión conocida de un nacionalismo unificador. Los italianos ofrecieron una vertiente del mismo proceso más flexible y plural. Importa aquí señalar, sin embargo, que el proceso de difusión (e imitación por otros) de una ideología rescata principalmente las aristas más simples y tajantes del modelo original. Esta predisposición se vio reforzada por el prestigio alcanzado por el modelo alemán a partir de la guerra franco-prusiana y

<sup>28</sup> Ésta es, por lo menos, la conjectura que mía mi Ínvesti%áalon sobre el impacto de las ideas nacionalistas en la Argentina durante el período 1870-1914.

<sup>29</sup> E. Gellner, op. cit., pp. 124-5. La mezcla de ingredientes "naturales" y "artificiales" puede verse en los aspectos más contradictorios en la definición de nacionalidad que da la Constitución húngara de 1868: "Todos los húngaros forman una sola Naón. La indivisible y unitaria Nación magyar, a la cual pertenecen todos los ciudadanos del país cualquiera sea su nacionalidad". Citado en C. Navari, "The Origins of the Nation-State", en L. Tivey (comp.), *Tire Nation-State*, Oxford, 1980.

<sup>30</sup> E. Kedourie, op. cit., pp. 82-4.

que sólo culminó con la derrota germana en la Primera Guerra Mundial.

Cualesquiera que hayan sido los caminos elegidos por los distintos nacionalismos, es innegable que esta ideología podía atribuirse un éxito clamoroso. La prueba más visible de esta conclusión se encuentra, precisamente, hacia la finalización de la Primera Guerra Mundial. Las propuestas de paz del presidente Wilson, contenidas en sus famosos catorce puntos de Versalles, contemplaban un orden mundial organizado básicamente alrededor del principio de la nacionalidad.<sup>31</sup>

### Los liberales y el nacionalismo

I. Berlín sostiene que el nacionalismo era percibido por sus sostenedores liberales como una etapa en vías de superación una vez que los objetivos de autodeterminación y de unificación se hubiesen logrado. La meta pareció haberse alcanzado hacia 1919 cuando la Liga de las Naciones aceptó los principios básicos del nacionalismo decimonónico.<sup>32</sup><sup>32</sup> El análisis de Berlín incluye dos afirmaciones: 1) la importante participación de los liberales en los movimientos nacionalistas del siglo XIX, y 2) la posterior expansión de estas ideas por vías que excedieron en mucho los objetivos de aquellos pensadores liberales.

El caso alemán sirve de ejemplo para ilustrar el desarrollo de las relaciones entre liberalismo y nacionalismo. Como sostenía P. A. Pfizer, un liberal del sur de Alemania, "la libertad en nuestra vida interna y la independencia del mundo exterior o, dicho de otra manera, la libertad personal y la nacionalidad, son los dos polos hacia los cuales está orientada la presente centuria" (1832).<sup>33</sup>

Esta estrecha relación estuvo, a veces, acosada por ciertas dudas. El mismo año (1832) von Rotleck, un liberal del estado de Baden, señalaba con respecto a las ideas de unificación nacional que "prefiero la libertad sin unidad a la unidad sin libertad".<sup>34</sup> En líneas generales, sin embargo, la relación fue bastante estrecha durante las primeras décadas, y alcanzó su punto más alto en las revoluciones de 1848, de clara inspiración nacionalista y liberal. En Alemania, en Italia, en Polonia y en el Imperio Austrohúngaro, "la nacionalidad y la libertad personal" aparecieron fuertemente entrelazadas.<sup>35</sup>

---

<sup>31</sup> Ibídem, pp. 130-1.

<sup>32</sup> I. Berlín, op. cit. No sólo los liberales percibían el problema de la manera sugerida por Berlin. G. Mazzini, un nacionalista no liberal, sostenía lo siguiente: "La Joven Italia reconoce que la asociación universal de todos los pueblos es la meta final de los esfuerzos de los hombres libres [ . . . ] [pero antes] es necesario que tengan una existencia separada, nombre propio y poder" (citado por Kedourie, op. cit., p. 106). Sobre el carácter no liberal de Mazzini, cf. G. de Ruggiero, Historia del liberalismo europeo, Madrid, 1944, pp. 209-304.

<sup>33</sup> Citado en E. K. Bramsted y.. K. J. Melish (comps,), Western Liberalism. A History in Documents from Locke to Croce, Nueva York, 1978, p. 37.

<sup>34</sup> Ibídem, p. 38.

<sup>35</sup> Ibídem, pp. 37 -40.

Minogue considera que en 1849 la relación comenzó a resquebrajarse en Alemania. El fracaso de la Asamblea de Frankfurt en su intento de instaurar una monarquía constitucional en una Alemania federativa significó el fin del viejo nacionalismo liberal germano. A partir de allí, y especialmente de 1862, la unificación alemana se lograría con la férrea hegemonía de Prusia. Bajo la influencia de Bismarck el "nacionalismo-liberal" iría diluyendo los contenidos liberales y acentuando los aspectos nacionalistas.<sup>36</sup>

La relación entre liberalismo y nacionalismo había cesado en Alemania mucho antes del advenimiento del nacionalsocialismo. En Italia, por el contrario, y gracias a la inspiración liberal que Cavour le imprimió al proceso de unificación, la relación se mantuvo durante más tiempo, aunque sacudida por una serie de avatares que condujeron finalmente al advenimiento del fascismo.<sup>37</sup>

—¿Cómo justificaron los liberales su apoyo a las ideas nacionalistas? Desde distintas perspectivas que intentaremos ilustrar, y ejemplificar, a través del pensamiento de tres autores: J. S. Mill, E. Renan y L. von Mises. Para Mill el problema de la autodeterminación nacional era un corolario lógico del principio de gobierno propio:

"Allí donde el sentimiento de nación existe con alguna fuerza existe prima facie un caso en favor de unir a todos los miembros de la nacionalidad bajo un solo gobierno, es decir, un gobierno propio j...]. Esto no es más que decir que el problema del gobierno debe ser resuelto por los gobernados. Es elemental que cualquier parte de la raza humana pueda decidir libremente con qué grupo de personas quiere asociarse".<sup>38</sup>

Mill tenía, sin embargo, una actitud reticente hacia los "nacionalismos" pequeños. Era partidario de unidades nacionales relativamente grandes, posición que lo llevó a las tensiones conceptuales y de definición que caracterizaron a todo el nacionalismo decimonónico. La dificultad que plantea el problema de la unidad de población compatible con la nación aparece claramente en el siguiente texto:

"Nadie puede suponer que no es más provechoso para el bretón, el vasco o el navarro estar incorporado a la corriente de ideas y al sentimiento de un pueblo muy civilizado y cultivado, ser miembro de la nacionalidad francesa, admitido en un pie de igualdad al goce de todos los privilegios de la ciudadanía francesa, que hundirse malhumorado entre sus propias rocas, como cualquier salvaje de los viejos tiempos y de mezquina órbita mental".<sup>39</sup>

<sup>36</sup> Minogue, op. cit., pp. 110-1 y Bramsted et. al., p. 40. Para las revoluciones de 1848 cf. L. Namier, 1848: The Revolution of the Intellectuals, Londres, 1971. Namier considera que aun en 1848 existía tensión entre el movimiento constitucional (liberal) y el nacional (p. 31).

<sup>37</sup> De Ruggiero, op. cit., pp. 313 -331.

<sup>38</sup> J. S. Mill, "Considerations on Representative Government", en J. S. Mill, Three Essays, Oxford, 1975, p. 381.

<sup>39</sup> Ibídem, p. 385.

Más sencilla conceptualmente, aunque no en la práctica, fue la posición de Renan. Al definir la nación, como hemos visto, como un plebiscito de todos los días, su postura no entra en mayores tensiones con el principio de *self-government*. Pero Renan veía, también, que la nación ofrecía una garantía similar al federalismo, es decir, una valla a la concentración del poder y a la tiranía: "Las naciones no son algo eterno. Han comenzado y concluirán. Probablemente las reemplazará la confederación europea. Pero no es ésta la ley del siglo en que vivimos. En la hora actual, la existencia de las naciones es buena, e incluso necesaria. Su existencia es la garantía de la libertad, que se perdería si el mundo no tuviera más que una ley y un dueño".<sup>40</sup>

L. von Mises no encuentra, en principio, ninguna incompatibilidad entre el liberalismo y las propuestas nacionalistas decimonónicas:

"La teoría de los estados, hostil a los monarcas, rechaza la voracidad territorial de éstos. En primer lugar encuentra que estado y nación coinciden naturalmente. Así es en Gran Bretaña, el país modelo de la libertad, y así es en Francia, la tierra clásica de la lucha por la libertad [...]. El principio de la libre determinación se sigue naturalmente del principio de los derechos del hombre [...]. El italiano odia no a los austriacos sino a los monarcas que, también, oprimen a los austriacos [...]. "Passate l'Alpi e tornerem fratelli" [soldados garibaldinos a las tropas austriacas. E. G.] [...]. El liberalismo político [nacional] concuerda con el liberalismo económico, que proclama la solidaridad de intereses entre los individuos".<sup>41</sup><sup>41</sup>

Para Mises, inclusive, el principio de la unificación es perfectamente compatible con el liberalismo, siempre y cuando se lleve adelante con el acuerdo de los habitantes de los territorios involucrados. Más aun, Mises veía en la unificación ventajas de orden económico en cuanto eliminaba barreras artificiales y propendía a la extensión del mercado interno. Mises pensaba que la desnaturalización del nacionalismo original había sido consecuencia de dos circunstancias de carácter coyuntural. La primera, que no consideraremos aquí, provocada por la irrupción del ideal nacionalista en tierras políglotas (el Imperio Austrohúngaro, por ejemplo). La segunda debida a ciertas peculiaridades del caso alemán.

Para Mises uno de los objetivos del nacionalismo alemán era abarcar al mayor número de personas dentro del estado nacional. Este objetivo chocaba con el hecho de que Alemania era un país relativamente superpoblado. En estas circunstancias, sólo la emigración podía evitar que declinara el nivel de vida de los alemanes.

El problema no habría sido grave si Alemania hubiera poseído territorios en el exterior, o

<sup>40</sup> Renan, ¿Qué es una Nación ?, pp. 3 9-40.

<sup>41</sup> L. von Mises, Nation, State and Economy. Considerations in the Politics and History of our Time (1919), Nueva York, 1983, pp. 33-36.

hubiera contado con regiones autónomas pero originariamente pobladas por alemanes (como Inglaterra con los dominios y los Estados Unidos). En ese caso los emigrantes hubieran podido seguir manteniendo su "alemanidad" y hubieran podido mantener la lengua y cultura de la madre patria. Éste no fue el caso, y la solución transitoria que encontraron los alemanes fue la de imponer tarifas protectivas, a partir de 1879, para crear fuentes de trabajo en la propia Alemania.<sup>42</sup> Esta desnaturalización de los principios del nacionalismo liberal no indujo a Mises a modificar su posición con respecto a la compatibilidad entre ambos principios. La constatación de la desnaturalización no lo llevó, tampoco, a detectar elementos en el nacionalismo original que pudieran haber conducido a la distorsión final. Mises siguió creyendo que, correctamente aplicados, existía en principio una compatibilidad natural entre los principios de la nacionalidad, de la libertad, de la democracia y de la paz.

El análisis del pensamiento liberal en relación con el nacionalismo decimonónico no podría concluir sin una referencia a Lord Acton. El historiador británico es, generalmente, presentado como un crítico acerbo del nacionalismo.<sup>43</sup> Así, en efecto, parecen sugerirlo textos como el siguiente: "La teoría de la nacionalidad es más absurda y criminal que el socialismo pero tiene una importante misión que cumplir en este mundo, y marca el fin de las dos fuerzas que son los peores enemigos de la libertad civil, la monarquía absoluta y la revolución". En cuanto a su incompatibilidad con el liberalismo: "El hombre que prefiere a su país por encima de toda otra obligación muestra el mismo espíritu que el que resigna todo derecho al estado. Ambos niegan que el derecho es superior a la autoridad".<sup>44</sup>

Un análisis más detallado del texto de Acton revela, sin embargo, que la crítica está referida a la teoría de la nacionalidad, que Acton asimila al nacionalismo unificador. La idea de que existe una voluntad colectiva, por encima de las nacionalidades y de los individuos, lleva necesariamente a la unificación: "Para tener una voluntad colectiva la unidad es necesaria y la independencia es el requisito para lograrla".<sup>45</sup> Para Acton, al revés de los pensadores de la unificación, la asimilación entre nación y estado lleva necesariamente a la destrucción de la libertad y del principio de la nacionalidad bien entendido. Lo que Acton propicia, por el contrario, es una confederación de naciones: "[...] una gran democracia debe sacrificar el gobierno propio a la unidad o preservarlo por el federalismo". Y, más adelante: "Los derechos personales que se sacrifican a la unidad se preservan en la confederación de naciones". Finalmente: "El gran adversario de los derechos de la nacionalidad es la teoría moderna de la nacionalidad".<sup>46</sup>

<sup>42</sup> Este análisis lo realiza Mises en el apartado 2 ("Militant or Imperialist Nationalism") del capítulo II. Para este autor la política alemana llevó no solamente al abandono de los principios liberales, sino también a la guerra y la derrota.

<sup>43</sup> Lord Acton, "Nationality" en W. H. Neil (comp.), *Essays in the Liberal Interpretation of History*, Chicago, 1967, pp. 131a 159.

<sup>44</sup> Ibídem.

<sup>45</sup> Ibídem.

<sup>46</sup> Ibídem.

Acton comparte la opinión de Renan en cuanto a que un correcto principio de la nacionalidad constituye una salvaguardia de las libertades: "Mientras la teoría de la unidad convierte a la nación en una fuente de despotismos y de revolución, la teoría de la libertad la percibe como un baluarte del gobierno propio y como el mayor límite al poder excesivo del estado. Los derechos privados que se sacrifican a la unidad son preservados en la unión de las naciones".<sup>47</sup>

En este breve recorrido se han puesto de relieve las razones que movieron al liberalismo a adoptar el principio de la nacionalidad: 1) como extensión lógica del principio de autogobierno o de los derechos del hombre (Mill, Renan, Mises, Acton); 2) como límite al poder absoluto (Renan, Acton), y 3) como instrumento, en la vertiente unificadora, para ampliar el tamaño del mercado y expandir la libertad comercial (Mises y, en alguna medida, Mill). Todos estos autores, con matices diferenciales importantes, creyeron que existía una gran compatibilidad entre el nacionalismo originario y el liberalismo clásico. Todos ellos se hubieran visto defraudados por la posterior evolución de esta corriente de ideas (particularmente después de la Primera Guerra Mundial). Corresponde preguntarse ahora si en algunas vertientes de ese nacionalismo originario no existían gérmenes que condujeran a la distorsión posterior. Para intentar una respuesta a esta ardua pregunta, apelaremos a una nueva ilustración. En este caso, el análisis del pensamiento del muy influyente político español Cánovas del Castillo. La ilustración girará alrededor del proteccionismo económico, tema que, como se ha visto, preocupó hondamente a Mises y a otros pensadores liberales.

### **Cánovas del Castillo: del liberalismo doctrinario al nacionalismo unificador**

Cánovas del Castillo formó parte del grupo de políticos que participaron activamente, aunque por distintos caminos, en las tareas de unificación nacional y de consolidación de regímenes políticos otrora caracterizados por la inestabilidad (Cavour en Italia, Bismarck en Alemania o Roca en la Argentina, por ejemplo).

Cánovas fue el principal inspirador y el político más influyente del régimen de la Restauración que dio a España cincuenta años de estabilidad política.

Cánovas era por formación ideológica un liberal doctrinario, como lo fue Cavour. Una de sus grandes obsesiones políticas fue el avance del estatismo que comenzó a registrarse en Europa a partir de los años setenta del siglo pasado. Y ese peligro lo vio, fundamentalmente, en el desarrollo del estado alemán después de 1870.<sup>48</sup> Paradójicamente, sin embargo, Cánovas terminó aceptando, y elogiando, dos aspectos

<sup>47</sup> Ibídem. Se ha sostenido que la oposición de Acton a la teoría de la nacionalidad reconoce un origen católico además de liberal. Acton temía, según esta interpretación, un ataque a los principios de universalidad sostenidos por la Iglesia Católica en aquella época. Cf. H. Tulloch, Acton, Londres, 1988, pp. 25-8.

<sup>48</sup> Cf. Luis Diez del Corral. El liberalismo doctrinario, Madrid, 1973. Este autor presenta magistralmente las ideas de Cánovas (capítulos XV y XVI) pero toca sólo marginalmente el problema -del libre-cambio y del proteccionismo.

centrales de la política alemana: el proteccionismo económico y la intervención del estado en materia de legislación social.<sup>49</sup> ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Se ha señalado, con razón, que el eje alrededor del cual giraba el esquema político de Cánovas era su firme adhesión a los principios del nacionalismo unificador. Las naciones, sostenía, "son imperativos categóricos también, y tan ciertos como la propiedad, la herencia o el salario, cuando no más".<sup>50</sup> Cánovas criticó, explícitamente, la teoría de la nacionalidad de Renan, y esa crítica estaba basada en una percepción de la nación como algo natural y con vida propia. Para Cánovas la nación no "actuaba": a través de estados de voluntad individual sino "mucho más todavía por virtud de otra actividad superior que los sintetiza y absorbe, desarrollada en un organismo tan natural como el humano, y con vida propia, peculiares leyes y fines altísimos que ella sólo puede cumplir; secularmente engendrada, por último, en el tiempo, no ya durante un corto número de días o de años, que es lo que al hombre o a su voluntad efímera les sucede".<sup>51</sup>

La figura de la "persona-nación", que preocupaba a de Jouvenel, quedaba así claramente configurada. Su superioridad sobre sus componentes individuales tampoco admitía discusión: "Nunca hay derecho, no, ni en los muchos ni en los pocos, ni en los más ni en los menos contra la patria".<sup>52</sup> Esta reflexión estaba directamente dirigida contra Renan, y aparece en las antípodas de la posición de Acton con respecto al problema de la nacionalidad.

Se emparenta, por el contrario, con Fichte, para quien la nación tenía prioridad y era más importante que los individuos que la componían. Llevada a su exacerbación esta línea de pensamiento concluía en la afirmación de Schelling, discípulo de Fichte, para quien los individuos eran simplemente fantasmas sin sustancia real.<sup>53</sup>

Esta distinción drástica entre los intereses de la nación y los intereses de los individuos que la componen es la que llevó a Cánovas a adoptar posiciones proteccionistas. En su discusión sobre la protección al cereal castellano, lo que mueve a Cánovas es el temor de que los agricultores castellanos emigren a las tierras más fértiles de la pampa argentina. Como en el caso alemán, citado precedentemente, la pérdida de población era vista como una lesión irreparable infligida a la nación, por más que redundara en beneficio de los castellanos de carne y hueso, tanto de los que se iban como de los que se quedaban. Esta relación estrecha entre nacionalismo y proteccionismo económico fue expuesta sin ambages por el mismo Cánovas:

<sup>49</sup> No podré detenerme en este trabajo en el tratamiento que Canovas dedica a la cuestión social en los últimos capítulos del tomo III de su obra *Problemas contemporáneos* (cf. también su "Discurso del Ateneo" [6/11 /89] incluido en el tomo II). Buena parte de la posición de Cánovas en el tema está motivada por razones de interés nacional.

<sup>50</sup> A. Cánovas del Castillo, "La economía política y la democracia economista en España" en op. cit. Madrid, 1889, iii, p. 280,

<sup>51</sup> "Discurso del Ateneo", en op. cit., ii, p. 165.

<sup>52</sup> Ibídem, p. 61.

<sup>53</sup> Citados en E. Kedourie, op. Cit. pp. 37-8. Kedourie hace un interesante análisis sobre la incompatibilidad entre el nacionalismo alemán y la teoría "Whig" de la nacionalidad. (pp. 131-3).

"Sin acordarme para nada de aquel pensador alemán [List, E. G.], el estudio de la historia y la meditación sobre ella, juntamente en el detenido análisis del concepto de Nación y de su valor en los pasados, presentes y futuros anales de la especie humana, me han traído como por la mano a mí a renegar de todo cosmopolitismo utópico [...].<sup>54</sup>

Más adelante, señala que List arribó por separado a conclusiones similares. Observa que en sus orígenes List era un economista "smithiano ortodoxo" que bregó incansablemente por establecer un mercado único y libre para las distintas regiones de Alemania. Más adelante, sin embargo, List descubrió que la "teoría económica había considerado sólo en la humanidad a los individuos y no a las naciones". Y concluye Cánovas:

"Tratóse, en resolución, de un alemán unitario, que por medio del libre cambio quiso convertir en cuerpo de nación a los dispersos miembros de la población germana, y que en el curso de su patriótica empresa vino a comprender que lo que siempre era bueno entre estados que podían y debían juntarse en uno, solía ser dañoso [.] entre aquellos que, por su historia y condiciones étnicas y materiales, están destinados sin duda a separación eterna".<sup>55</sup>

En esta frase sintetizó Cánovas uno de los puntos centrales del nacionalismo unificador alemán: lo que era bueno para Alemania y para su unificación, no lo era para sus relaciones con el resto del mundo.<sup>56</sup> La ruptura entre el nacionalismo unificador, especialmente en su vertiente alemana, y el liberalismo clásico quedaba de esta manera elocuentemente proclamada.<sup>57</sup>

## Conclusiones

Parece claro que durante el siglo XX el pensamiento nacionalista recorrió senderos que lo alejaron progresivamente de los principios sostenidos por la filosofía liberal clásica.<sup>58</sup> Desde el nazismo y el fascismo, pasando por algunas benévolas corrientes conservadoras,

<sup>54</sup> De cómo he venido yo a ser proteccionista", en op. cit., iii, p. 412.

<sup>55</sup> Ibídem, pp. 413-4. En realidad, al defender a la industria cerealera española, Cánovas se apartaba de un punto central en la teoría de List, su conocida defensa de la "infant-industry". La agricultura cerealera española se acercaba más a una industria "abuela" que a una actividad "infante". El mismo punto hace Mises con respecto a la política arancelaria alemana. En rigor, observa Mises, List estaba más cerca del libre cambio que de políticas proteccionistas como las aplicadas en Alemania y España (Mises, op. cit., p. 71). Lo que Mises, a mi entender, no percibe es que con el "nacionalismo metodológico" de List no era difícil arribar a conclusiones como las de Cánovas.

<sup>56</sup> En esto hay otro concepto de Fichte que se aleja de la teoría liberal clásica, verbigracia, la noción de que el vecino está siempre dispuesto a "engrandecerse a tu costa". Citado por F. Meinecke, La idea de la razón de estado en la Edad Moderna, Madrid, 1983, p. 380.

<sup>57</sup> Kohn señala que el "nacionalismo económico dio por resultado un neomercantilismo que infundió vida [...] a la organización erigida por los monarcas" (op. cit., pp. 28-9). Esta conclusión concuerda con la opinión de Acton, que veía al nacionalismo unificador como algo muy parecido al absolutismo monárquico ("Nationality").

<sup>58</sup> Cf. Hayek, *Constitution of Liberty*, pp. 405-6.

y hasta muchos de los autotitulados movimientos de liberación nacional, la creciente socialización de la vida comunitaria se hizo, muchas veces, apelando a la ideología nacionalista.<sup>59</sup>

En estas páginas se intentó sugerir, a modo de conjetura, que este alejamiento estaba ya presente en germen durante el siglo XIX. El concepto de una persona-nación con vida propia y con un status superior a los individuos que la componen, tan propia del nacionalismo unificador alemán, estaba en flagrante contra

posición, tanto valorativa como analíticamente, con los principios del liberalismo clásico.<sup>60</sup> No resulta sorpresivo, por lo tanto, que una vez cumplidas las metas originales (independencia y unidad nacional) haya sido fácil endilgarle nuevas tareas (étnicas, económicas, militares, culturales, etc.) a esa "persona" abstracta y superior. Tampoco es extraño que los nuevos objetivos se hayan logrado a costa de los derechos individuales y de la vigencia del sentido original y genuino de la nacionalidad.

El problema se agravó por el indudable prestigio que adquirió el modelo unificador alemán a partir de c. 1870. Prestigio difícil de explicar, porque el modelo culminó en la traumática derrota bélica de 1918 y en el marasmo que caracterizó a Alemania durante la posguerra. A pesar de esto la "versión" alemana fue generosamente imitada por otras naciones, tanto en Europa como en otras regiones del mundo. Imitada y exacerbada hasta el punto de tornar casi irreconocible a esa vieja "versión" nacionalista de la Alemania de las últimas décadas del siglo XIX.

Así las cosas, la reconciliación entre el liberalismo clásico y el principio de la nacionalidad pasa necesariamente por un retorno crítico a las fuentes originales. El principio del gobierno propio y la búsqueda de garantías contra el uso tiránico del poder ("un solo dueño del mundo") son valores de primerísima magnitud en la filosofía liberal clásica. Si esto es así nada hay más acorde con la naturaleza humana que el hecho de que estos valores se ejerzan dentro de unidades territoriales y de población formadas espontáneamente por la existencia de lazos de familiaridad, cercanía, simpatía y experiencias compartidas. O, también, por la asociación libre de unidades así constituidas que comparten tradiciones y valores forjados en empresas históricas comunes. Pero esta adaptación exige recordar permanentemente que el resultado final de esos procesos -la nación- no tiene existencia sino a través de los individuos que la componen, y que es la suerte de esas personas la única medida del éxito o fracaso de la empresa común. Como ha recordado recientemente Gertrude Himmelfarb, rememorando a Lord Acton, de lo que

<sup>59</sup> El socialismo terminó adoptando muchas de las premisas del nacionalismo unificador a partir de la Primera Guerra Mundial, y a pesar de la tenaz oposición de Rosa Luxemburgo (cf. *The National Question: Selected Writings of Rosa Luxemburg*, Nueva York, 1976).

<sup>60</sup> El punto de partida del análisis liberal de la sociedad es lo que se conoce con el nombre de individualismo metodológico (cf. F. A. Hayek, *The Counter Revolution of Science. Studies of the Abuses of Reason*, Indianápolis, 1952). Contrapuesto a esta tradición analítica está el llamado "colectivismo metodológico", del cual una vertiente podría ser el "nacionalismo metodológico", donde la nación tiene un status explicativo similar al de las "clases" en la tradición marxista. Cf. con respecto al nacionalismo, A. Smith, op. cit., pp. 207-10.

se trata es de desechar la versión nacionalista que es una invitación a la tiranía y retomar la vieja noción de la nacionalidad que es una garantía para la libertad.<sup>61</sup>

---

<sup>61</sup> G. Himmelfarb, *The New History and the Old. Critical Essays and Reappraisals*, Cambridie, Mass., 1987, pp. 140-1.